



José Mármol

El Mar del Sur

Ahí está con sus crines coronado,
bramando con ronquido furibundo,
el bárbaro gigante encarcelado
entre el confín de América y del mundo.

Centinela eternal, clava sus ojos
en las pálidas ondas del oriente,
o ya los vuelve centelleando enojos
en las verdes y oscuras de occidente.

Éste es el mar a cuyo nombre solo
el alma en Dios el navegante pone,
cuando la proa la dirige al polo
y la imantada barra se le opone.

Ahí está con su cielo nebuloso,
con sus húmedas ráfagas glaciales,
con su sol melancólico y dudoso,

sus vientos y sus ondas colosales.

Con su luna sin brillo y cristalina,
casi inapercibidas las pleyadas,
expirante la hermosa vespertina
y el fénix y la acuática apagadas.

¡Aquí hay algo fatal, indefinible,
que al corazón sorprende y desafía,
y que sólo el valor inmovible
lo consigue afrontar con osadía!

Tantas lúgubres viejas tradiciones,
tanta duda que asalta el pensamiento,
estas nubes, cual pálidas visiones,
apiñadas en medio al firmamento.

El trémulo bajel: el mar bravío
que lo alza y lo descende hasta el profundo,
¡¡¡duro ha de ser el corazón impío
que nunca a Dios se prosternó en el mundo!!!

A Gama y a Colón les alumbraba
una luz celestial que en los oceanos,
al uno latitudes le enseñaba
y al otro los ocultos meridianos.

Y calentado el corazón con ella,
ni sintiera la duda ni el desmayo,
cuando del polo la perenne estrella
ahogó en las olas su benigno rayo.

¡Pero a Drake también algo divino²
le alentaba el valor cuando esforzado
surcó primero en solitario pino
este mar a gigantes destinado!

Aquí tiene la mar en sus entrañas
un perennal amotinado infierno,
que levanta sus ondas en montañas

para invadir las nubes del Eterno.

Una desciende y su vacío llena
otra y otra en compactos eslabones,
cual de la vida en la eterna cadena
pasa una y otra y mil generaciones.

Aquí, como los fallos del destino,
duros, inescrutables y violentos,
a combatir el arriesgado pino
se despeñan horrísonos los vientos.

Y el madero infeliz se encuentra solo

bajo un cielo sin sol ni luminares,
ya arrojado del viento al yerto polo,
ya de occidente a los desiertos mares.

Aquí la ciencia a comprender no alcanza
los misterios de Dios, y sólo el fuerte
conserva el talismán de la esperanza

y lucha y vence la ensañada suerte.

No profanéis jamás esta grandeza,
poetas que dormís entre jazmines
y sentís el amor con la cabeza
y cantáis la desgracia en los festines.

Bebed, reíd, cantad en las ciudades
los rizos y los ojos de las bellas,
pero no profanéis las tempestades
si nunca el mar os sorprendió con ellas.

II

Mirémonos, oceano, frente a frente
como el cóndor audaz y la tormenta,
yo agitaré las alas de mi mente
y tú las ondas con furor revienta.

Ahí estás con tu voz recia y bravía,
que en roncas y confusas vibraciones
rueda por los espacios su armonía
cual tronador concierto de leones.

Al escucharte así, ¿quién el que osara
engreído decir «Yo te adivino,
yo los secretos de tu voz contara,
yo los misterios de tu fuerza atino»?

Se oye tu acento tronador, eterno,
y descifrar al pensamiento cuesta
si es la espiral de un eco del infierno
o extraña nota de la sacra orquesta.

¿Es acaso Luzbel, responde, oceano,
quien se revuelve en tus hinchadas ondas
y las levanta con pujante mano
porque de Dios y de la luz lo escondas?

¿Ese rumor de tu profundo seno
es el ronquido de su voz impía
cuando a los rayos que vomita el trueno
las olas hierven de tu espalda fría?

¿Cuando apagar la tempestad pretendes
vomitando tus ondas impotente,
cómplice de su crimen, le defiendes
del Dios que aterra su maldita frente?

¡Tal vez, hartos de crímenes, tú mismo
tiembles, la bronca tempestad oyendo,
y, empujando tu planta en el abismo,
subes al cielo tu perdón pidiendo!

¡Tal vez hartos de crímenes te quejas
con roedor, tenaz remordimiento,
y el rumor de leones que asemejas
es tu salvaje voz de sufrimiento!

¡¡¡Quién sabe si al trepar los horizontes
miran tus ojos de titán, contritos,
solitarios de América los montes
recordando el mayor de tus delitos!!!

Quién sabe si a la América algún día
puso Dios con el Asia en fuerte abrazo,
y si la flor del Gólgota debía

aspirarse en la sien del Chimborazo.

¡Ah! ¡¡ Quién sabe si bárbaro quebraste
del duro pedernal los eslabones
y por siglos de siglos encerraste
perdidas para el mundo estas regiones!!

¡Tal vez ellas nacieran destinadas
a predicar la herencia del Calvario,
en vez de comprenderla a puñaladas
recibiendo la fe con el sudario!

III

Mirémonos aún... Sea en tus senos
ángel, crimen, demonio quien habita,
no por eso al mirarte goza menos
la tempestad que el corazón me agita.

La sombra de la tarde misteriosa,
el desierto, la noche, el mar, el viento,
siempre fueron a mi alma procelosa
el bellissimo imán del sentimiento.

Es música süave a mis oídos
de monte en monte el trueno retumbando
y se gozan mis ojos aburridos
la encapotada tempestad mirando.

En un pueblo nací que en su regazo
bisoño ahogó su libertad querida,
como madre inexperta que en su brazo
su primer hijo sofocó dormida.

De mi cuna la música imponente
fue el agudo estridor de los puñales,
fue de sangre el bautismo de mi frente
y un gemido mis cantos fraternales.

Bramad, olas, bramad... Hijo de Mayo,
hay una tempestad dentro de mi alma;
siento placer al estallar el rayo
y me fatiga la enojosa calma.

Bramad, olas, bramad. Hinchas tus senos,
pujante oceano, y a mi barco agita;
no por eso de ti gozará menos
el huracán que el corazón me irrita.

Esta nave, volando conmovida
a impulso de tus olas tronadoras,
es la imagen horrible de mi vida
entre el vaivén de mis adustas horas.

Bramad, olas, bramad... ¡Salud, oceano!
Ya nos vimos al cabo frente a frente,
y al compás de tu acento soberano
cantó y tronó mi corazón valiente.

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

